



DOMINGO III DE ADVIENTO.

Año litúrgico 2017 - 2018 - (Ciclo C). 16 de Diciembre de 2018.

Primera lectura del Libro del Profeta Sofonías 3, 14-18a

*Regocíjate, hija de Sión, grita de júbilo, Israel,
alégrate y gózate de todo corazón, Jerusalén.*

El Señor ha cancelado tu condena, ha expulsado a tus enemigos.

El Señor será el rey de Israel, en medio de ti, y ya no temerás.

Aquel día dirán a Jerusalén: No temas, Sión, no desfallezcan tus manos.

El Señor tu Dios, en medio de ti, es un guerrero que salva.

*El se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo
como en día de fiesta.*

Salmo Is 12, 2-3. 4bcd. 5-6

Gritad jubilosos: «Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel.» (R)

El Señor es mi Dios y salvador;

confiaré y no temeré,

porque mi fuerza y mi poder es el Señor,

él fue mi salvación.

Sacaréis aguas con gozo

de las fuentes de la salvación. R.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre,



contad a los pueblos sus hazañas. R.

Tañed para el Señor, que hizo proezas,

anunciadlas a toda la tierra;

gritad jubilosos, habitantes de Sión:

«Qué grande es en medio de ti

el Santo de Israel.» R.

Segunda lectura de la carta del apóstol San Pablo a los Filipenses 4, 4-7

Hermanos:

Estad siempre alegres en el Señor;

os lo repito, estad alegres.

Que vuestra medida la conozca todo el mundo.

El Señor está cerca.

Nada os preocupe; sino que, en toda ocasión,

en la oración y súplica con acción de gracias,

vuestras peticiones sean presentadas a Dios.

Y la paz de Dios, que sobrepasa todo juicio,

custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos

en Cristo Jesús.

Lectura del santo evangelio según San Lucas 3, 10-18

En aquel tiempo, la gente preguntaba a Juan:



–¿Entonces, qué hacemos?

El contestó:

–El que tenga dos túnicas, que se las reparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo.

Vinieron también a bautizarse unos publicanos; y le preguntaron:

–Maestro, ¿qué hacemos nosotros?

El les contestó:

–No exijáis más de lo establecido.

Unos militares le preguntaron:

–¿Qué hacemos nosotros?

El les contestó:

–No hagáis extorsión a nadie, ni os aprovechéis con denuncias, sino contentaos con la paga.

El pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías; él tomó la palabra y dijo a todos:

–Yo os bautizo con agua; pero viene el que puede más que yo, y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. El os bautizará con Espíritu Santo y fuego: tiene en la mano la horca para aventar su parva y reunir su trigo en el granero y quemar la paja en una hoguera que no se apaga.

Añadiendo otras muchas cosas, exhortaba al pueblo y le anunciaba la Buena Noticia.

Conclusión

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!



En el Evangelio de hoy hay una pregunta que se repite tres veces: «¿Qué cosa tenemos que hacer?». Se la dirigen a Juan el Bautista tres categorías de personas: primero, la multitud en general; segundo, los publicanos, es decir los cobradores de impuestos; y tercero, algunos soldados. Cada uno de estos grupos pregunta al profeta qué debe hacer para realizar la conversión que él está predicando. A la pregunta de la multitud Juan responde que compartan los bienes de primera necesidad. Al primer grupo, a la multitud, le dice que compartan los bienes de primera necesidad, y dice así: «El que tenga dos túnicas, que comparta con el que no tiene; y el que tenga comida, haga lo mismo». Después, al segundo grupo, al de los cobradores de los impuestos les dice que no exijan nada más que la suma debida. ¿Qué quiere decir esto? No pedir sobornos. Es claro el Bautista. Y al tercer grupo, a los soldados les pide no extorsionar a nadie y de contentarse con su salario. Son las respuestas a las tres preguntas de estos grupos. Tres respuestas para un idéntico camino de conversión que se manifiesta en compromisos concretos de justicia y de solidaridad. Es el camino que Jesús indica en toda su predicación: el camino del amor real en favor del prójimo.

De estas advertencias de Juan el Bautista entendemos cuáles eran las tendencias generales de quien en esa época tenía el poder, bajo las formas más diversas. Las cosas no han cambiado tanto. No obstante, ninguna categoría de personas está excluida de recorrer el camino de la conversión para obtener la salvación, ni tan siquiera los publicanos considerados pecadores por definición: tampoco ellos están excluidos de la salvación. Dios no excluye a nadie de la posibilidad de salvarse. Él está —se puede decir— ansioso por usar misericordia, usarla hacia todos, acoger a cada uno en el tierno abrazo de la reconciliación y el perdón.

Esta pregunta —¿qué tenemos que hacer?— la sentimos también nuestra.

La liturgia de hoy nos repite, con las palabras de Juan, que es preciso convertirse, es necesario cambiar dirección de marcha y tomar el camino de la justicia, la solidaridad, la sobriedad: son los valores imprescindibles de una existencia plenamente humana y auténticamente cristiana.



IGLESIA PARROQUIAL DE SAN MIGUEL

Jerez de la Frontera

¡Convertíos! Es la síntesis del mensaje del Bautista. Y la liturgia de este tercer domingo de Adviento nos ayuda a descubrir nuevamente una dimensión particular de la conversión: la alegría. Quien se convierte y se acerca al Señor experimenta la alegría. El profeta Sofonías nos dice hoy: «Alégrate hija de Sión», dirigido a Jerusalén; y el apóstol Pablo exhorta así a los cristianos filipenses: «Alegraos siempre en el Señor». Hoy se necesita valentía para hablar de alegría, ¡se necesita sobre todo fe! El mundo se ve acosado por muchos problemas, el futuro gravado por incógnitas y temores. Y sin embargo el cristiano es una persona alegre, y su alegría no es algo superficial y efímero, sino profunda y estable, porque es un don del Señor que llena la vida. Nuestra alegría deriva de la certeza que «el Señor está cerca». Está cerca con su ternura, su misericordia, su perdón y su amor. Que la Virgen María nos ayude a fortalecer nuestra fe, para que sepamos acoger al Dios de la alegría, al Dios de la misericordia, que siempre quiere habitar entre sus hijos. Y que nuestra Madre nos enseñe a compartir las lágrimas con quien llora, para poder compartir también la sonrisa.

SANTO PADRE FRANCISCO